

SIRÍACO

“En verdad, Dios está conmigo. Él me guiará.”

El Corán, 26:62

Transcripción traducida del testimonio de Huthaifah Ghulam para la Home Office en Croydon, Inglaterra, el 30 marzo de 2015.

Siempre he buscado lo mejor para mi familia, pero hay cosas que pueden escapar a nuestro control. Con la guerra destruyendo mi país uno sólo puede pensar en lo que más quiere y por lo que da la vida, pero me acuerdo especialmente de mi madre.

Verán, yo nací en la ciudad de Aleppo el 17 de noviembre de 1979 cuando mis padres aún eran estudiantes de veinte años. A principios de 1980 Hafez Al-Assad, padre del actual “presidente”, llevó a cabo redadas sistemáticas contra disidentes de su gobierno. Uno de los detenidos fue mi padre. Y bajo el temor de un inevitable arresto, mi madre cogió un bus a Jordania, llevándome en su regazo durante el viaje.

El resto de mi infancia se desarrolló lejos de mi país, entre Amán, Abu Dhabi y Arabia Saudí. En cada sitio era complicado adaptarse; por entonces no aceptaban a los niños de otros países, y menos aún a los exiliados. La situación ya era difícil en aquellos sitios como para aceptar extranjeros supongo; allá no me trataban bien o me veían como un extraño. Conseguí, sin embargo, algunas amistades por allí y allá con niños parecidos “ajnabis”. Luego madre se volvió a casar. Esto me enfureció por mancillar la estampa de mi padre. Él aún podría estar vivo y no fue capaz de guardarle respeto. Con el tiempo aprendí que lo hizo para sobrevivir, para poder darme un techo y comida aunque fuera con un hombre que ella no quisiera. ¿Cómo pude enfadarme con ella? Era la que lo había dado todo por mí.

Recuerdo los cuentos que me contaba de pequeño, una maravilla. Algunos eran de literatura oriental como “Los 40 ladrones” pero la mayoría eran historias de nuestra familia y tradicionales de Siria. Así no pude olvidar mi país. Mi madre me recitaba esas fábulas y versos como si se tratase del mismísimo paraíso prometido por Dios. Casi me enamoré en secreto del lugar, no como algo material por lo que debía sentir devoción, más bien un sitio al que no importaba la cantidad de veces que me mudara, Siria sería siempre mi casa.

Si Dios bien sabe que era demasiado pequeño, joven e inexperto; pero ya me había marcado un objetivo y no paré hasta conseguirlo. Iba a volver a mi país.

Pero tarde un tiempo hasta conseguirlo. Aún era 1995 cuando estaba en Dubái, todavía en el colegio, y una vez más nuevo. Trabajaba por las tardes en un café de sisha en el barrio de Marina. Madre ya había tenido 2 preciosos hijos y el sueldo del nuevo marido no era suficiente para sustentar a toda la familia. Mi mejor amigo del lugar era, por supuesto, un iraní con condiciones idénticas a las mías, Nader. También nació en una revolución. Le conocí cuando tenía 14 años y hemos sido

almas fraternas desde entonces, aunque nuestras familias no se lleven nada bien. Madre siempre decía que los chiés eran igual de infieles que lo occidentales. Que Dios la perdone. No había conocido a Nadir y su familia. Iban al rezo todos los viernes y practicaban como mínimo 3 oraciones diarias. Bromeaban con que deberían acatar el Salah, mientras que nosotros ya nos costaba ir a la mezquita.

Y sin ser tan creyente, ese año Dios bajo uno de sus ángeles a la Tierra solo para mí. Conocí a Thana. La tarde del 27 de diciembre de 1995 la chica más preciosa que había visto se sentó en la mesa del bar donde trabajaba. Su pelo es negro y muy largo porque se le podía ver las puntas al acabar el shayla. Su rostro es la definición de dulzura, con grandes labios y ojos verdes brillantes. Tenía por entonces la figura bastante desarrollada para ser tan joven, marcada por una túnica blanca. No hay día que no piense en ella, la vea o me gire al otro lado de la cama y me invada la felicidad. No importan las adversidades. Sé que cada día la quiero más.

(Sonríe)

Me resultó imposible no mirarla a la primera. Sentí un vacío inmenso de repente, pero iba a atenderla. Casi sin voz le pregunté que deseaba, me pidió té con hielo. Cuando fui a dárselo, me miró con sus ojos mágicos. En ese momento me atrapó. Procuré dedicarle una sonrisa y cuando se fue no le quise dar importancia a su presencia. Pero volvió los días siguientes. Poco a poco asumí que no podría quitármela de la cabeza. Sin embargo, ella venía al bar de sisha todas las tardes y nunca fumaba nada. Meses después me dijo que un día de otoño me había visto caminar hacia el trabajo. Llamé su atención porque me encontraba atractivo. Que alegría me dió.

Desde entonces iba al trabajo con muhísimas ganas. No me importaba el calor, ni la jornada de 6 horas, algo más en festivos. Todo me daba igual. Iba a ver al ángel de mi vida. Poco a poco hablaba más con ella, conociéndola en porciones muy pequeñas. Era hija de una familia obrera nativa, trabajadores de los pozos de petróleo. Eran muy humildes. Iba a un colegio para chicas en el lado opuesto de la ciudad y se acercaba todos los días al café. Siempre se pedía té helado porque era lo más barato que tenían en el menú. Creo que no valoro el tesoro que tengo.

Salir con ella no era una opción. Tuve que ganarme el noviazgo ante su familia. Me puse a trabajar más horas para ganar más y tener más que ofrecerles por ella. Podía resultar demasiado agotador, pero luego aparecía sentada sonriéndome y comenzaba a andar sin cansancio, sin que nada me agotase. Estuve casi dos años así. Me daba muchísimo miedo que nos emparejasen a alguno de los dos con otro. Gracias a Dios que eso no ocurrió.

Un viernes en febrero de 1998 acudí decidido a su casa a pedir la mano de Thana. Tuvo que acompañarme mi madre para no ofenderles rompiendo la pureza de la casa. Me puse a hablar con su padre con el mayor de los respetos, como si fuera el mío. No traté de convencerle de nuestro amor en primer lugar, el me vió en la mirada el amor que sentía por ella cuando bajó por las escaleras de esa minúscula casa. Se emocionó pero consiguió contenerse, prácticamente al igual que yo. Le insistí que mi capacidad económica, que no de gran riqueza, era más que suficiente para vivir los dos juntos en un piso. En cuanto acabásemos los estudios podríamos empezar a vivir solos. Con gran solemnidad, aceptó.

Contraímos nupcias en abril después del Ramadán en la mezquita de Juba, seguido de un modesto banquete con las dos familias y amigos. El día más feliz de mi vida fue seguido de las vacaciones de mis sueños; viajamos a Aleppo, a petición mía y para complacerme dispusieron el dinero las dos familias. Nos bastaba para viajar en avión y un hotel de categoría. “Wafir!”, gritaban los invitados. Nos querían ver felices y lo habían conseguido.

Mi ciudad se asemejaba a las descripciones de mi madre. Había crecido, pero su esencia se mantenía. Eso nunca cambia. He viajado mucho por el Máshrek y es algo que he aprendido; toda ciudad árabe conserva su tradición, su origen. Dubái también ha cambiado mucho pero adentrándose en el corazón siempre puedes encontrar el zoco, la antigua mezquita, las calles estrechas y las casas bajas. Allí, en Damasco, en Estambul o en cualquier lugar. La modernidad en oriente no se sobrepone al atavismo.

Tuve la oportunidad de volver a mi ciudad después de tantos años y, para bien o para mal, prendarme. Había calado en mi esas historias de infancia, y ver mi verdadera casa al fin.

(Pausa)

El mercado estaba cubierto por lo que los olores se quedaban atrapados en el ambiente. Comino, zumaque, sésamo, cilantro, menta, jazmín y demás especias, vegetales y frutas se podían oler y confundir con demasiada facilidad. Desde la fortaleza se podía ver todas las puntas de toda la ciudad con uniformidad, asomándose los minaretes entre los bloques de apartamentos de no más de 4 pisos. Y el hospital y la casa donde pasé mis primeros días de vida. Ahora ya no había nada.

(Llora)

Dios... ¿por qué? ¡Por Dios!

(Pausa)

Perdone. Es que es demasiado.

A mi mujer le gustaba esa ciudad, y pronto se dió cuenta de que a mí también. Al proponerle instalarnos allí en un futuro, no lo dudó. Preguntamos en la Universidad de Aleppo sobre carreras que queríamos estudiar. Me informé sobre un asequible grado en administración de empresas, mientras que Thana encontró un recién estrenado magisterio. Parecía perfecto porque nos dejaban instalarnos allí sus padres para el curso que viene y podía estar en el paraíso con la mejor mujer del mundo. Sin embargo, la policía me interrogó antes de volver a Dubái porque me habían identificado como el hijo de un “alborotador” de hace 20 años. Gracias a Dios me soltaron enseguida, por desgracia no sabían nada de mi padre.

Madre se aterrorizó cuando le expresé mis deseos y mi decisión de irme a vivir a Siria. Había jurado que no volvería a ese país mientras que la dinastía Assad continuase en el gobierno. A mí me daba lo mismo la política o lo pasado anteriormente. No olvidaba lo ocurrido con mi padre de hecho, quería saber que le había pasado, pero ella si quería dejarlo. Ya con 40 años y dos hijos ya crecidos con otro hombre, madre solo quería enterrarlo y seguir con su sencilla vida en Dubái. Por lo que en contra de sus deseos me volví a Siria para instalarme allí.

Durante 10 años disfruté de la mejor parte de mi vida. Primero estudiando en la universidad con Thana (la primera mujer de su facultad). Con un pequeño trabajo de camarero cerca de nuestro piso y de recepcionista en el Baron Hotel (el más antiguo de Siria) nos pudimos pagar nuestros estudios mientras vivíamos. Eran buenos tiempos.

Luego acabamos las carreras y no tardamos en tener hijos. Primero vino mi querido Zaid, que ahora tiene 12 años y más tarde las pequeñas Malikah y Sabah, igual de preciosas que su madre. Una bendición divina. Lo he dado todo por ellos. Thana se puso a trabajar en un instituto y yo conseguí ser el responsable de ventas local para SyriaTel.

Me dieron el empleo en 2005. Caí en la cuenta de que no tenía una tenía unos zapatos para ir vestido decentemente al trabajo. Entonces fuí al centro comercial, entré en Zara y encontré unos botines marrón oscuro perfectos. Los compré de inmediato. Me los iba a poner el día siguiente cuando volví a pensar en mi madre. No estaba conmigo y no la volvería a ver después de tanto tiempo, a no ser que fuera a Manchester, porque se había mudado con su familia a un sitio mejor con mi tía. Parecía haberse acostumbrado a emigrar sin parar.

Pensé en guardarlos para la proxima vez que la viera, aunque no me decidí a viajar a Inglaterra mientras nacían y criaba a mis hijas. Pero Dios quiso que unos años después comenzara la revolución. Decidí unirme a las protestas desde el primer día. Aún cuando la gente pensaba que eso no llegaría a nada, yo creí que algo estaba pasando, algo contra Assad. Así que me uní a ellos.

Al principio de la revolución, desde el fondo de mi corazón apoyaba a los manifestantes. Iba a pedir la libertad con mi gente. Entonces me di cuenta de que había docenas de mukhabarat (*policía secreta*) en todas partes. Estaban gritando por lo mismo que nosotros, pero en realidad estaban tomando fotos y recogiendo nombres. Para que no me identificasen empecé a cubrirme la cara o escondiéndome cuando veía a la misma gente demasiado cerca.

Cuando la gente comenzó a venir de pueblos cercanos que habían sido destruidos por el régimen les ayudamos a encontrar vivienda y comida. Recogimos dinero de nuestros amigos en secreto, para comprarles ropa, sábanas y productos de higiene. Pero la cosa empeoró enseguida. En la primavera de 2012 los primeros protestantes eran disparados en plena calle. Todos los días paseándome por mi zona veíamos montones de personas tiradas junto la basura, muertos. Los habían disparado, y los estaban dejando simplemente junto la basura. Luego detuvieron a uno de mis mejores amigos Mazen Al-Rihawi. Trabajaba conmigo en SyriaTel y ayudaba a la gente herida o desplazada. Lo mataron a la vez que su padre y su hermano. En ese preciso momento me di cuenta de lo peligrosa que se había vuelto la situación.

En mayo las bombas empezaron a caer en nuestro barrio. Sin embargo, llevaba los zapatos a todas partes. Los había puesto dentro de varias cajas. Estaba convencido de que allá donde fuera, si mantenía los zapatos seguros, no me pasaría nada. Esos zapatos estaban siempre conmigo. Cuando iba de mi casa al trabajo o a casa de desplazados a ayudar, siempre estaban conmigo. Tenía tanto miedo de que les ocurrieran algo porque era mi sueño ver a mi madre. No eran sólo zapatos para mí. Era un sueño volver a verla, que algún día me pondría esos zapatos.

Thana, nuestros hijos y yo cogimos el coche y pusimos rumbo a Turquía el 17 de julio, el mismo día que recibí una llamada del servicio de seguridad militar para declarar. Sabía que si iba no volvería. Al llegar quisimos alcanzar Europa, nos pusimos en contacto con una banda de traficantes. Ese fue el gran error.

Los viajes nos costaron todos nuestros ahorros y en vez de cruzar por el sureste de Europa, lo hicimos por Egipto, Togo, Ghana y de vuelta a Turquía. Finalmente un vuelo nos dejó en Holanda en enero de 2013. Tardamos varios meses en tramitar la petición de asilo y regularizar la situación consiguiendo un empleo. Thana estaba agotada y mis hijos no iban a la escuela desde hacía más de dos años. A pesar de todo, en ningún momento perdí los zapatos.

Finalmente, en febrero de 2014 pude viajar finalmente a Reino Unido. El vuelo aterrizó en el aeropuerto de Manchester. Habían pasado 16 años.

(Pausa)

Los zapatos estaban en mi maleta, así que la abrí y los saqué. Me los puse allí mismo, en un baño, y salí para ver a mi madre. Fue uno de los mejores momentos de mi vida. Después de todos ese tiempo, la volvía a ver.

Estuve dos semanas en su casa, con mi madre, su familia y la de mi tía. Una vez más me sentía un extraño en mi casa. Todo eran personas nuevas pero conocidas a la vez. Les intenté convencer de que se vinieran a Holanda, donde nos habíamos establecido, porque allí tendrían más oportunidades y una vida más acomodada. Me prometieron que se lo pensarían.

Entre tanto volví a Holanda. Para entonces ya había encontrado trabajo en una empresa de supermercados en Drente, mientras residíamos en una preciosa casita rodeada de prados. Mis hijos van a una escuela especial para poder aprender el idioma y recuperar el nivel que tenían. Mi mujer precisamente trabaja en esa escuela.

Hace unas semanas mi madre, mi tía y sus familias se decidieron mudarse con nosotros. Tenían que pedir un visado especial y el permiso de residencia. Por eso estoy aquí.

Habrán oído muchas historias sobre la guerra y la mía es una más. No hay día en el que no encienda la TV y aparezca alguna secuencia de Aleppo en ruinas. Sólo espero que se solucione pronto, pero mi mujer dice que la cosa empeorará estos próximos meses. Ahora nadie sabe si apoyar a los rebeldes terroristas o al régimen autoritario.

Dios quiera que algún día todos podamos volver a Siria.